

# BUENOS Y MALOS

Uno de los rasgos más típicos de la psicología infantil es la inclinación a dividir las cosas, los sucesos y las personas entre buenos y malos. La experiencia va enseñando al hombre que esta división suele ser injusta e irreal, que no existe sobre la tierra lo absolutamente bueno o malo, sino que en la vida todo se encuentra en una compleja tensión de bondad y maldad. Por eso, produce una honda desazón la tendencia de ciertos medios informativos a pontificar (estos son los buenos, estos los malos) en todos los órdenes de la vida: social, político, religioso.

La verdad es que no es tan fácil discriminar. La guerra del Vietnam puede llevarnos a: menos a la conclusión de que los Estados Unidos no son los buenos y la U.R.S.S. los malos; ni viceversa. Esto, creo yo, lo vemos muy claro de frontera a fuera. Nos cuesta más trasladar estos criterios a nuestro propio hogar, a nuestros propios problemas. Mas su olvido produce unas consecuencias desastrosas. Yo recuerdo que de pequeño se nos enseñó (era algo que estaba en el ambiente) a poner en la misma línea de maldad realidades tan abstractas —así expuestas— y tan diferentes como socialismo, sexualidad y protestantismo. Posteriormente, la vida me ha hecho vivir en países de estructura socialista, y he encontrado que tienen valores excelentes; la psicología me ha enseñado que la sexualidad es un profundo valor, sin cuyo dinamismo el amor humano pierde toda su base; y mi contacto con muchas personas de religión evangélica me ha mostrado palpablemente que tengo muchas cosas que aprender de ellos. Con esto no quiero condenar a quienes fueron mis educadores, a quienes debo todo lo que he podido llegar a ser. Sus circunstancias fueron muy otras que las actuales. Pero debemos tener la sinceridad suficiente con nosotros mismos como para no llevar a la práctica en nuestra vida lo que no aprobamos en los demás. Separar el mundo entre buenos y malos suele llevar a injusticias tan tristes como la entronización masiva de un James Bond, que si de algo es prototipo, es de una total amoralidad. A este propósito, ¿caen en la cuenta ciertos educadores de que están proponiendo como héroes (como buenos) a sus alumnos indi-

viduos cuya característica principal fue la de matar seres humanos (claro, eran «los otros», «el enemigo», «los malos»...)?

Con su habitual finura, comentaba recientemente María A. Viloria dos fotografías que me sonaron a conocidas. En efecto, correspondían a dos escenas de una de las películas más desdichadas que la nueva ola del cine alemán ha producido: «La píldora dorada» («Die goldene Pille»). Y digo desdichada porque, en un tema tan delicado y complejo como es el de la píldora anticonceptiva, adopta la postura de dividir en buenos y malos: aquí, los buenos son los que defienden incondicionalmente la píldora; los malos, los que la atacan. Entre los malos —por supuesto—, el cura retrógrado, los profesores autoritarios, el pro-nazi. Entre los buenos, una serie de muchachas y muchachos de la «dolce vita», un profesor guapo —que, paradójicamente, es comprensivo con todo el mundo menos con sus propios hijos— y su esposa, quien resulta víctima de los malos. A quien el director de la película no califica ni de bueno ni de malo es al hijo abortado, pues no pasa de ser un «bulto» —una cosa— molesto e indeseado: ni siquiera le concede la categoría de ser humano.

La crítica alemana ha reaccionado con unanimidad. Coincide en que las cosas no son tan sencillas y en que si la píldora presenta una serie de ventajas, presenta también una serie de puntos oscuros que dilatan no ya la decisión pontificia, sino incluso la opinión de los mismos médicos. En todo caso, existen razones serias para que el uso de la píldora permanezca bajo un severo control médico. Y, desde luego, pocas cosas solucionará la píldora si a su uso no precede una profunda educación humana de la sexualidad y el amor responsable. Algo así debió considerar el rector de la Universidad de Edimburgo, Malcolm Muggeridge, quien dimitió no hace muchos días de su cargo, ante la petición de los estudiantes de que la píldora fuera administrada libremente por los servicios médicos de la Universidad. Poca luz puede aportar al problema de la anticoncepción una película que, como «La píldora dorada», argumenta a base de sarcasmos... y de exhibicionismo injustificado (léase, desnudismo).

La madurez implica una seriedad objetiva en los juicios. Esta objetividad, cuanto más difícil, más necesaria. Y pienso aquí en problemas que nos llegan tan hondo a todos los españoles como Gibraltar, los disturbios universitarios, la oposición política o el reconocimiento de la libertad religiosa. Hay que superar esa tendencia a dividir entre buenos y malos, y a alinear a Dios en nuestro bando. Un contacto profundo con quien, como los alemanes, han vivido en propia carne la experiencia del nazismo, ayuda mucho a superar estas simplificaciones odiosas.

Déjeseme terminar con una

frase del tan discutido Catecismo Holandés —que, según algunos, contenía nada menos que cincuenta herejías y resulta que ahora acaba de ser aprobado por la Santa Sede—. La frase se aplica a las religiones no cristianas, pero yo creo que puede trasladarse con toda justicia a otros campos: «Debemos confiar en el Espíritu de Dios, que no deja sin tocar a ningún hombre.» (E.I. inglesa, pág. 33.) ¿Negaremos nosotros a los «malos» este contacto del Espíritu de Dios?

IGNACIO  
MARTIN BARO

"Diario Regional"  
8-Febrero-1968